

Amasijo de Arte y Ciencia

El chillido en la cueva encantada

NOHEMA A. LÓPEZ FLORES, ORLANDO RAFAEL VIVANCO MONTANÉ, EDGAR AHMED BELLO SÁNCHEZ

—Allá arriba, en la punta de aquel cerro —dijo el abuelo, apuntando con el dedo hacia la montaña más alta que se veía desde el jardín de su casa —, se forma una cascada cuando llegan las lluvias. Y a un lado, oculta entre las plantas, hay una cueva...

Andrea siguió con la mirada la dirección que señalaba su abuelo: un punto lejano pintado de verde, donde el sol hacía brillar un diminuto hilo de agua que caía por aquella montaña. ¡Cómo me gustaría poder ir hasta allá!, pensó.

—¿Tú has ido, abuelo? —comentó muy emocionada.

El abuelo negó con la cabeza.

—¡Nunca! —respondió con seriedad—. Dicen que hace años unos hombres visitaron la cascada; vieron la cueva, entraron, pero nunca volvieron a salir... Se cuenta que la cueva está encantada y por eso jamás regresaron.

Andrea recordó esa historia cuando, a la mañana siguiente, pasó junto a una pequeña cueva que se hallaba a un lado del sendero que recorría todos los días para llegar a su escuela. Sin poder frenar su curiosidad, miró con intriga hacia la entrada de aquel lugar, donde no había más que una profunda oscuridad. “¿De verdad está encantada?”

Rafael, con quien caminaba todos los días a la escuela, estaba a su lado. Su amigo, ignorando el temor de Andrea al estar cerca de aquella cueva, miraba entretenido unas lagartijas que tomaban el sol sobre una roca.

—¿Sabías que las lagartijas sueltan su cola cuando se sienten amenazadas? —dijo, intentando mirar más de cerca a aquellos animales —Y luego les vuelve a crecer!

Andrea no lo escuchó porque, en ese momento, desde el interior de la cueva, se escuchó un sonido muy agudo: un chillido que nacía desde la profunda oscuridad. Un escalofrío recorrió su espalda y quedó atónita. Sin poder evitarlo, soltó un grito y corrió hacia el sendero.

—¿Qué pasa?! —reaccionó Rafael sobresaltado.

—¡Es la cueva! ¡Está encantada! —dijo Andrea al borde de las lágrimas.

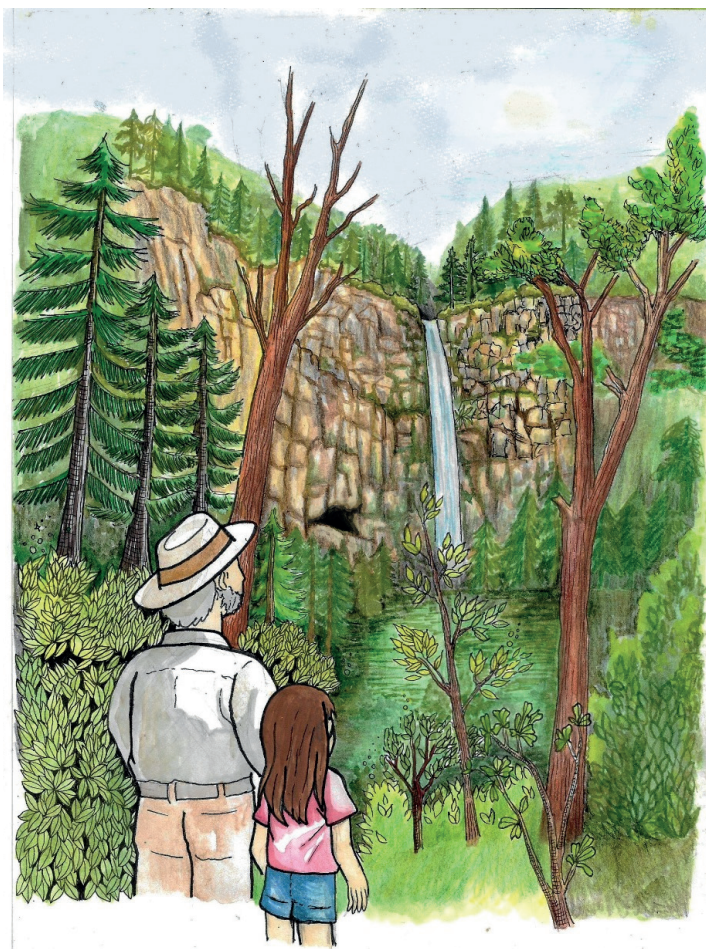
El niño la miró sin entender.

—¿Qué...? Tal vez solo es un animal.

—¡Mi abuelo me dijo! —lo interrumpió —¡Las cuevas están encantadas y las personas se pierden cuando entran! ¡Vámonos!

Rafael miró hacia la cueva con duda y luego volvió la vista hacia su amiga.

—Vámonos —dijo.





Caminaron hacia la escuela en silencio. Mientras Andrea seguía asustada, una enorme curiosidad nació en Rafael. “¿Realmente las cuevas están encantadas?”

Al día siguiente, al salir de la escuela, los niños caminaron de regreso a casa.

—Andrea... —dijo Rafael cuando estuvieron cerca de la cueva.

—¿Qué pasa? —contestó ella.

—¿De verdad la cueva está encantada?

Andrea se quedó inmóvil. Le daba miedo hablar de eso cuando estaban tan cerca de aquel lugar.

—Mi abuelo dijo que unos hombres entraron a una cueva y nunca salieron... —murmuró, bajando la mirada como si temiera que, al decirlo en voz alta, la cueva los arrastrara a su interior.

Rafael pensó unos segundos.

—Pero era otra cueva ¿no?

—¿Y si esta también está encantada? —replicó la niña, sintiendo su corazón latir frenético al sospechar el rumbo que tomaban los pensamientos de su amigo.

Rafael la miró y luego llevó una de sus manos al bolsillo de su pantalón.

—¿No quieres averiguar qué hay dentro? —dijo, mostrándole una linterna, con una chispa traviesa en los ojos.

Andrea lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?! —dijo alarmada, retrocedió un paso y miró la linterna como si su amigo le mostrara algo prohibido. Quiso negar, pero impulsada por la curiosidad, la hizo decir:

—Pero entra tú primero.

Rafael sonrió y con la linterna en su mano, dio un par de pasos hacia la entrada. Andrea lo siguió en silencio, aferrándose a las correas de su mochila verde como si se tratara de un escudo invisible.

En el interior de la cueva, sus sentidos se agudizaron. Los envolvió un intenso aroma a tierra húmeda y sus ojos siguieron con atención las sombras largas que dibujaba la luz de la linterna sobre las paredes. Unos metros más adelante, sus oídos reconocieron un sonido familiar: el recorrido de una pequeña corriente de agua deslizándose a través de las piedras.

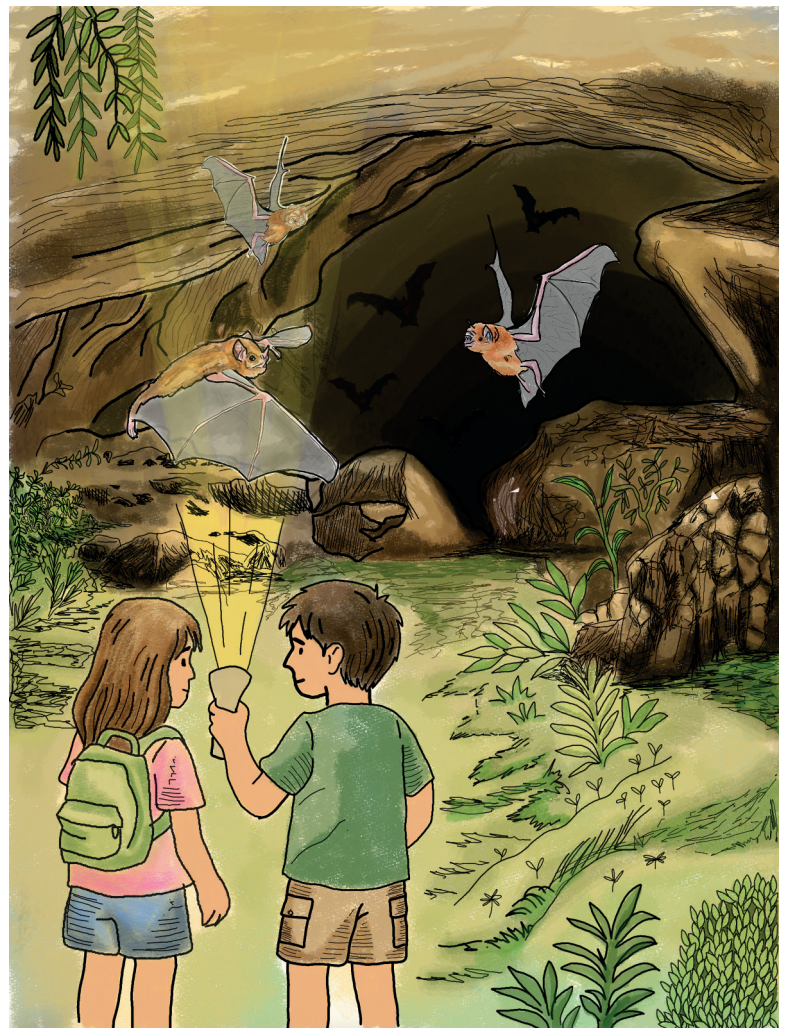
Rafael observaba maravillado aquel escenario, mientras Andrea no apartaba la vista de la entrada,

atenta a que no desapareciera. Entonces, sus oídos se llenaron de cientos de chillidos agudos, idénticos al que había escuchado el día anterior. Andrea lanzó un grito tremendo y corrió hacia el exterior. Rafael la siguió inmediatamente.

—¡Andrea! ¡No te asustes, mira! —dijo, apuntando de nuevo hacia el interior de la cueva.

La niña, dispuesta a decirle a su amigo que ella tenía razón y que la cueva sí estaba encantada, se giró a mirarlo, pero se detuvo al ver lo que estaba ocurriendo... Desde el oscuro interior se movían cientos de siluetas aladas, revoloteando con gracia en una danza sincronizada acompañada de chillidos agudos.

Ambos niños miraron maravillados aquel evento. Jamás en su vida habían visto algo similar.



Las cuevas son sitios naturales que albergan una alta diversidad biológica

—¡Andrea, son murciélagos! —Rafael señaló emocionado —¡El chillido dentro de la cueva encantada son murciélagos!

Andrea soltó una risita. No se esperaba que aquel sonido que tanto la había asustado viniera de esos animales.

Poco después, los chillidos se fueron atenuando y las siluetas desaparecieron en lo profundo de la cueva. Solo entonces emprendieron el camino de regreso a casa.

En cuanto puso un pie dentro de su hogar, Andrea buscó a su abuelo.

—¡Abuelo, abuelo! —contó emocionada —. Las cuevas no están encantadas ¡ahí viven murciélagos!

El abuelo soltó una carcajada.

—Claro que las cuevas no están encantadas, chiquilla traviesa. Esa historia me la inventé, era una broma.

Andrea lo miró con el ceño fruncido y con los brazos cruzados. Su abuelo le había ocasionado un susto y una gran aventura.

Contexto biológico

Las cuevas son sitios naturales que albergan una alta diversidad biológica; por ejemplo, son refugios para los murciélagos y favorecen sus actividades como el descanso y la reproducción. Asimismo, les brindan protección frente a depredadores. Los murciélagos desempeñan un importante papel ecológico: dispersan semillas, polinizan plantas y controlan las poblaciones de insectos y otros animales.

A lo largo de la historia, las formaciones rocosas y la fauna que las habitan han inspirado escenarios de mitos y leyendas. Sin embargo, estos sitios son ambientes frágiles y requieren acciones de conservación.

DE LOS AUTORES

Nohema A. López Flores

Posgrado en Neuroetología, Universidad Veracruzana. Av. Luis Castelazo Ayala s/n, Col. Industrial Animas, Km 3.5, carretera Xalapa-Veracruz, C.P. 91190, Xalapa, Veracruz, México.

nohemalopez99@gmail.com

Orlando Rafael Vivanco Montané

Posgrado en Neuroetología, Universidad Veracruzana. Av. Luis Castelazo Ayala s/n, Col. Industrial Animas, Km 3.5, carretera Xalapa-Veracruz, C.P. 91190, Xalapa, Veracruz, México.

orlandovivanco667@gmail.com

Edgar Ahmed Bello Sánchez

Facultad de Biología-Xalapa, Universidad Veracruzana. Circuito Gonzalo Aguirre Beltrán s/n. Zona Universitaria. C.P. 91090. Xalapa, Veracruz, México.

ebello@uv.mx



Ilustración

Fridali García Islas

al064115057@unicach.mx